

El listado

El 457º Regimiento de artilleros de Somal, el 1103º Regimiento de fusileros de Label, el 283º Regimiento de Xalasis, el 107º Regimiento blindado de los Primeros Nacidos vostroyanos, el 41º, 42º y 45º Regimientos de Veren, todos los hombres provenientes de la Colonia Penal de Kart, la 4ª Compañía de Baneblades, el 17º tercio de Hispanicus...

El sutil y característico rasgado provocado por la elegante pluma al desplazarse sobre el pergamino se desvaneció cuando **Dor Andra** detuvo su movimiento. Elevó su cabeza y observó su alrededor.

En la gran bodega del imponente pecio espacial que había reconvertido en su biblioteca privada, reinaba una calma tensa, contenida. Aquí y allá algún servidor se movía al dictado de las órdenes de los otros individuos presentes en la estancia. El propio **Andra** mantenía a su lado, a pocos pasos de él, a su propio servidor lobotomizado. Sabía que solo necesitaba una palabra para que el ser transcribiese cualquier observación que considerase oportuna; o también podría dejar el trabajo de recopilación a cualquiera de sus acólitos e interrogadores.

Sus labios se curvaron en una sonrisa despectiva. Sabía que pocos hombres de su gremio se “rebajarían” a redactar una simple lista de bajas, por mucho que el cometido del **Grupo de Batalla Cerastus de la flota Cuartus** fuera tan fundamental para la supervivencia del **Imperio de la Humanidad**. Pero las penurias y reveses sufridos en más de 90 largos años como **Inquisidor** al Servicio del **Emperador**, le habían permitido apreciar la belleza y la necesidad de actos tan simples y aparentemente inocuos como la caligrafía. Esta le permitía reflexionar profundamente sobre cada palabra que redactaba. Resultaba irónico que un hábito tan arraigado en su vida le hubiese sido transmitido por un hombre al que él mismo había ajusticiado por “**Excommunicate Traitoris**”. Pero incluso ahora debía reconocer que su maestro, antes de perderse bajo el nocivo influjo del radicalismo y la herejía, había sido altamente capaz.

Tornó la vista hacia el nombre que había ocasionado sus cavilaciones. El mundo de **Hispanicus**, dentro del **Sistema Ibery**, en las inmediaciones del Segmentum Solar, había sido de los primeros objetivos a los que se encaminaría la Cruzada. Cerca del núcleo del Imperio, sus bien entrenadas tropas habían resistido con solvencia. El ánimo fiero y la indómita disciplina de su **Guardia Imperial** les habían permitido mantener la esperanza, y la vida, durante el largo tiempo en que la mortaja de la **Noctis Aeterna** cegó el **Astronomicón** y enmudeció la voz del **Emperador**.

Andra negó pesarosamente con la cabeza. Ese suceso de los albores de la campaña había sido la excepción. Pocos mundos habían hallado donde los emblemas del Imperio se mantuvieran orgullosos en el mismo lugar donde se habían erguido durante milenios. La locura que había desatado la maldita **Cicatrix Maledictum** atenazaba aún hoy a la Humanidad.

Los mundos imperiales siempre habían estado gobernados por tiranos, déspotas o incompetentes endogámicos, pero poco de eso importaba mientras preservaran los preceptos del **Credo Imperial**, dispusieran los diezmos adecuados y controlasen férreamente a sus vasallos. Siempre sería mejor esa justa opresión benevolente que la súbita extinción a manos de los innumerables males que asaltaban a la Humanidad. Mientras los Gobernadores ejecutasen con diligencia sus obligaciones no atraerían la mirada de los **Ordos Inquisitoriales**... y solían guardarse mucho de hacerlo.

Esas buenas formas eran ya parte del pasado. Los mundos que no habían sido totalmente destruidos por guerras intestinas, invasiones xenos o acontecimientos apocalípticos, eran sistemáticamente tocados por la impura mancha del **Caos**. Los autócratas de estos orbes condenados adoraban explícitamente a los **Poderes Ruinosos**, mientras se regocijaban en

El listado

sangrientos y blasfemos rituales, donde la sangre bañaba a los participantes, o practicaban orgiásticos actos que acaban en canibalísticos festines a mayor gloria de sus nuevos amos.

Numerosos mundos habían sido tragados por las energías corruptas de la **Disformidad**, y muchos más se perdieron irremediamente. Incontables almas se encontraban más allá de toda salvación y millones de soldados habían perecido al servicio del **Emperador** desde el inicio de la expedición intentando recobrar estos planetas. Esfuerzo baldío, en no pocos casos, cuando se descubrían lo suficientemente lejos de redención como para recurrir al poderoso **Exterminatus** acompañado, ciertamente, de las ejecuciones masivas de todas las pobres almas que habían posado sus pies en el lugar y sentido su aire envilecido intentando reconquistarlo. Él mismo había tenido que llevar a cabo unas cuantas de esas justas acciones.

Mártires necesarios, todos ellos. De los que cada vez en mayor medida requería el **Sagrado Imperio del Hombre**. Como los innumerables que habían sido necesarios para destruir la constitución de pequeños imperios impíos que el archienemigo había logrado componer. Aún recordaba alguno de los más poderosos, como el comandado por el **Príncipe demonio Xandre** o el **Apóstol Oscuro Izarne**, dispuestos todos y cada uno de ellos a partir aún más el velo de realidad. Para derramar contra sus fuerzas huestes enteras de demonios sedientos de sangre y terror.

Ese era el verdadero enemigo de su especie, el trabajo por el que el poderoso **Martillo del Emperador** había sido forjado, la eterna lucha contra un enemigo inmortal. Por mucho que los demás Ordos, enfrascados en sus superfluos intereses, apenas supieran apreciarlo. Mientras el **Ordo Xenos** exacerbaba la importancia de determinadas especies alienígenas destinadas al lógico genocidio, o el **Ordo Heréticus** tan solo acertaba a identificar las ramificaciones del problema, el **Ordo Malleus** atacaba con crudeza su misma fuente, contra las manos mismas de los **Engendros Disformes**, destruyendo una y otra vez a sus esbirros sin más ayuda que su inteligencia y habilidades. Sin más escudo que la fortaleza de su fe.

¿Sin más ayuda? A pesar de los constantes y avanzados tratamientos de rejuvenecimiento que le permitían mantenerse como un hombre relativamente joven, el **Inquisidor** sintió el peso de los años y los huesos. No – recordó entornando los ojos – no estaban solos, los ángeles de la muerte, el poderoso **Adeptus Astartes**, superhumanos que luchaban con un ímpetu infatigable en todos los rincones de la Galaxia, incluso en esta misma flota, para mantener los dominios del **Emperador**. Si **Hispanicus** finalmente había resistido se debía en buena medida a que albergaba el bastión de los **Leones Argentos**. Pero... hasta ellos habían cambiado.

Todos lo habían hecho con el advenimiento de **Roboute Guilliman**. Autoproclamado por derecho propio **Lord Comandante del Imperio**, había traído una luz de esperanza durante las horas más sombrías... una luz que no tardó en crepitar.

Pronto todos los cimientos del Imperio temblaron bajo el ímpetu del **Señor de la XIII**. Tradiciones invertebradas habían sido desechadas, prácticas invaluable denostadas, dogmas inamovibles alterados... y la oposición había aumentado en las sombras. No había sido fácil el entendimiento entre la **Eclesiarquía** y la **Inquisición** con el nuevo señor absoluto. De hecho, esta avenencia se había limitado a una mera aceptación de las posiciones de uno y otro bando, a la espera de que la guerra dejase paso a una oportunidad más propicia para la... discusión. ¿Realmente hablaba el **Regente Imperial** en nombre del divino **Emperador** mientras negaba su misma divinidad? ¿Cuando se atrevía a despreciar incluso su mayor trabajo de ingeniería genética?

El listado

Andra no pudo contener el estremecimiento que acompañaba a esos pensamientos heréticos. Era más fácil dirigir su odio hacía el supuesto creador de esos nuevos Astartes, **Belisarius Cawll**. Aunque no podía negar la suma eficacia de estas nuevas armas, tampoco podía confiar en la figura marciana que se encontraba a sus espaldas. Si cualquier adepto de la secta del **Omissiah** debía ser siempre sometido a la más estricta vigilancia, mayor era el recelo que le despertaba el **Archimagos**.

Poco a poco todos los capítulos por orden del **Primarca** aceptaban entre sus filas a estos nuevos marines, sin plantearse lo envenenado del regalo. Otros nuevos se habían instaurado, completamente primarizados. La duda, por tanto, era lógica; si ocurriera un nuevo cisma, ¿a quién seguirían estos nuevos soldados al combate? ¿A **Terra**... o a su creador?

Bajó la mirada al sentir el crujido, notando la sangre fresca correr bajo sus manos. Atrapado en sus pensamientos, no había sentido la fuerza con la que aprisionaba la pluma que, al quebrarse, había rasgado parte de su piel.

Siguió observando la palma de su mano durante unos instantes más y se giró para proseguir con su tarea. No le importó que gotas de sangre pudiesen caer sobre el papel: sabía que el listado estaba destinado a quedar atrapado bajo el peso de una burocracia infinita. De todas formas – pensó volviendo la media sonrisa – ellos ya han derramado su sangre en el cumplimiento de su deber. Está bien que yo les ofrezca un poco de la mía.

El 689º blindado de *Astreus*, los efectivos de la *Casa de caballeros del mundo de Santiac*, 3 compañías del *Adeptus Astartes* pertenecientes a los *Desolladores Oscuros*, los *Espectros Vengativos* y los *Hijos de Set*...